

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Toda la suma de emotividad bullanguera que hay disponible en España—y no es poca—se ha derrochado estos días con ocasión del peligro mortal corrido por un joven aeronauta, cuyo nombre rueda acariciado por la fama amiga de los mozos, y cuya terrible odisea aérea y marítima daría asunto á una novela más del fecundo y sensacional Julio Verne.—La ovación al capitán Kindelán lleva un sello de alegría, humanidad y cordialidad que la hace recomendable. Cuando los periódicos vienen atestados de inhumanos crímenes, de actos de barbarie contra criaturas inocentes, contra mujeres indefensas; cuando parece que se desencadena el instinto bestial, en vano combatido por tan larga serie de morales, civilizaciones, leyes y represiones de toda índole, es sano, es higiénico ver demostrar contento ilimitado al divulgarse la salvación de una vida ajena, una vida en su esplendor—la vida de un hombre animoso y tranquilo, como tienen que serlo los navegantes del aire.

El joven capitán puede decir que ha sufrido una desgracia con suerte. Su aventura *vernesca* le ha hecho popular en veinticuatro horas. Lo que no consiguió, en dilatada existencia de asiduo trabajo de gabinete, el filólogo y gramático D. Eduardo Benot, un sabio de los más auténticos que por aquí hemos poseído, y que acaba de morir, lo consigue un muchacho resuelto, en el tiempo que tarda un globo en perderse y recobrase.

Siempre, en toda empresa, por bien calculada y combinada que esté, hay una parte—y es la mayor—que queda encomendada al destino. El capitán Kindelán, hoy objeto de la atención, del afecto y del aplauso de España y casi diré que de Europa, es seguramente un campeón sin miedo y sin tacha, y su conducta, en todo el episodio, puede calificarse de alentada, bizarra y digna. Pero los otros aeronautas de la misma expedición están probablemente en iguales condiciones de gallardía y corazón esforzado. Yo conozco alguno de ellos, y consta que posee el valor en grado de locura. No dudo, pues, que si en vez de tomar tierra felizmente los compañeros de Kindelán son-arrastrados por el viento hacia el mar, hubiesen realizado en lucha con los elementos iguales ó parecidas proezas. El instinto del honor y del deber y el de conservación, mancomunados, defendieron al capitán; iguales instintos, exaltándose en idénticas circunstancias, hubiesen defendido á los otros tripulantes de aerostáticos, en quienes pienso al ver que nadie se acuerda de ellos ahora, lo cual no es justo...

¿Cómo cambia, al través de las épocas, la estética de la acción! En otros tiempos, el «bello gesto» era el fendiente, el gran golpe de montante que parte á un jayán por medio, el revés que descabeza al endriago, y ahora es confiarse al aire en un aparato ligerísimo, surcar el espacio y caer donde Dios dispone, estrellándose ó no haciéndose el menor daño, según quiere la casualidad, porque no existe modo de preservarse. Hay, sin embargo, una estrecha afinidad entre las aventuras contemporáneas y las viejas aventuras; y es el ser aventuras todas. Tan aventurero es Kindelán como don Quijote, Amadís de Gaula y Belianís de Grecia. Que se busquen aventuras al través del aire ó por tierras áridas, remotos imperios, comarcas extrañas é insulas fabulosas, se aspira igualmente á romper el encierro corporal, á salir de lo estrecho y mezquino del vivir diario, y esa aspiración ensoña ahora es la que guía al caballero andante ó volante.

¿Habéis mirado atentamente, por casualidad, una de esas «copas de honor» que se dan como premio en regatas, concursos hípicas ó cualquiera otra solemnidad deportiva? Son enormes las tales copas, y se alzan sobre un pedestal de madera barnizada ó de

mármol negro, que les acrecienta todavía la alzada. Llevan, en un escudete, un rótulo, y en el vaso y pie, algunos resaltes, astrágalos y festones. Son desmedidas, feas y vulgares, pero cuestan miles de pesetas. Tienen un falso aire británico, y pasan por la quintaesencia de lo elegante.

¿Por qué este premio y no otro? Hondo misterio de esa vida esportiva que no entenderé nunca, porque no me atrae, y lo que no me atrae me llega difícilmente á la comprensión. Así, pues, protestando de mi ignorancia é insuficiencia, vuelvo á preguntarme, asaz extrañada: ¿por qué ese premio y no otro?

¿Será un recuerdo (vivimos de recordar y de repetir ideas) del famoso *hanap* feudal, la inmensa copa que servía de galardón en otros torneos, de índole báquica? Al que más y mejor bebía, apurando sin resollar y de un trago el contenido del *hanap*, se le declaraba rey del festín y se le ofrecía la copa. Lo cual, como se ve, es un deporte que huele de mil leguas á Sajonia y á *old merry England*. Por acá, á falta de otras virtudes, somos sobrios, y no registra la crónica (ni aun la crónica de los Templarios) estas porfías de bebedores. Y como quiera que las porfías de deportistas forzudos ó hábiles, tiradores ó gimnastas, del Norte nos vienen, se me ocurre si las consabidas *copas* serán la evolución moderna del *hanap*, sin más diferencia que no contener nunca vino ni licor de ninguna especie, ni mojarse jamás en ellas los labios sedientos, ni embriagar á nadie, como no sea con la humareda de la vanagloria y del triunfo.

Si las copas son un premio que ha de conservarse cuidadosamente como recuerdo de una victoria, ¿por qué no hacerlas artísticas? No lo son, y lo peor es que pretenden serlo. Son fundidas, no repujadas, ni cinceladas, ni de un modelo original; su aspecto es industrial completamente, hasta lo antipático; pues el aspecto de producto industrial puede perdonarse á lo útil, pero nunca á lo superfluo. ¿Por qué no dar en premio algo que sea verdaderamente esto que hoy se aplica á todo y se dice de todo: un «objeto de arte»? Un busto, un cuadro de respetada firma, un capricho de plata modelado expresamente, una rama de laurel de bronce hecha por Benlliure ó Blay; lo que se conserva, pasado el interés circunstancial, por interés de otra clase.

Rara vez suelo hablar aquí de poetas. No estorba mucho la poesía en los anales de la vida contemporánea. Ha pasado el tiempo en que las mujeres jóvenes y guapas escondían bajo la almohada el tomo de poesías para devorarlo á las altas horas de la noche, fantaseando acaeceres románticos, la carta que llega, el galán que cruza ante la ventana, el jardín donde las flores cuentan leyendas tristes á la luz de la luna, la barca que se columpia sobre las ondas transparentes del lago... Lo que leen hoy las damas encantadoras es el periódico, los ecos de sociedad, las reseñas de bodas, viajes y fiestas, la *noticia* febril, el telegrama palpitante... La amorosa comunicación entre la mujer y el poeta ha fenecido. Que no crean otra cosa, ¡ay de ellos, ay de su quimera!, los jóvenes que confían sus sentires á la Musa... Son leídos por la gente del oficio y por algún rezagado, pero ya no volverán hermosas manos á jugar con los rizos cabellos de su melena. Quizás los hojee su novia, si la tienen, y si sabe leer (leer versos); pero no esperen emocionarse á las divinas desconocidas, que allá á mediados del siglo XIX (el cual ya nos parece un siglo anciano), ocultaban como se oculta un pecado dulce su Espronceda, su Zorrilla, su Tanara, su Avellaneda, y aprendían de memoria estrofas, quintillas y romances, y poseían un álbum emborronado por los amigos, y hasta... ¡guardad el secreto!, *pulsaban la lira* á solas, para desahogar cuitas íntimas ó vagos anhelos inconformes...

¿Dónde están las románticas? ¿Dónde las incomprendidas poetisas de bucles colgantes y ojos cercados de ojeras profundas?

Acabo de leer una frase doliente de Unamuno, doliente y exacta: «Arrojé mis versos á la indiferencia del público...» Otro tanto podría decir Teodoro Llorente, el ilustre valenciano, que acaba de recoger en un tomo sus poesías de juventud, á no existir á su alrededor cariñosos amigos que le han suplicado que dé á la estampa estas juvenilia, frescas como flores de granado de la vega. Siempre existen, alrededor de un prestigio y de un talento, una docena de admiradores que le profesan una especie de culto, mixto de ternura y de comprensión afinada por el continuo roce de espíritus; lo que existe apenas es el público lejano, desinteresado, abierto, que reserva á los autores las mejores sorpresas y los más halagüeños testimonios de que la gente *se hace cargo* y os acompaña por el solitario valle... Ojalá que Teodoro Llorente no note la creciente desaparición del público lejano, la sordera á los cantos de Apolo (que coincide, por cu-

rioso caso, con mayor sensibilidad ante los de Orfeo, pues al parecer la música va ganando lo que pierde la poesía).

Los «versos de la juventud» de Teodoro Llorente tienen el sello de todo lo que este maestro de la rima ha producido después: son claros y diáfanos como el horizonte de su tierra; están escritos en la más castiza y jugosa lengua castellana, que el poeta de la *renaixensa*, el trovador lemosín, maneja á la perfección, y los llena un sentimiento puro y generoso, una ardorosa y poética ilusión vital, que contrasta con el pesimismo de los románticos desesperados, lúgubres y sepulcrales. El grabado de Maura que figura al frente del tomo, y que representa á Teodoro Llorente en sus mocedades, armoniza bien con los versos: el semblante es el mejor comentario del característico *Saludo* que sirve de prólogo á la colección; y donde el poeta se presenta y describe, declarando que es

«de esos que, lleno de húmedos reflejos
el profundo mirar,
tienden la vista extática á lo lejos,
á los cielos ó al mar;
de esos que á todos oyen distraídos,
gente de arisco humor,
que tiene siempre hirviendo en los oídos
la música interior.»

Así eran, y así continúan siendo, los que Víctor Hugo llamaba *poètes pensifs*; porque la fermentación de ideas y fantasías, la pléthora sentimental, es igual en Llorente que en los modernistas á quienes el insignificante cantor no puede sufrir, según se desprende de una frase de su prólogo. Porque la incubación de la poesía lírica tiene algo de morboso, es como una enfermedad de crecimiento y ensanche del corazón, que se estremece, se agita y quisiera salirse del pecho entre accesos de fiebre y delirio. Llorente, entonces, sentiría en muchísimos respectos como sienten, oprimidos y nostálgicos, los actuales. Y cada poeta, á su hora, puede exclamar como Teodoro Llorente:

«Siguiendo van mis pasos descuidados
una sombra, ¡la sombra de mi alma!»

Cambia la forma de decirlo, pero ¿qué otro cambio encontraríamos en la ilusión que ha dictado la bella poesía «Amores de un poeta»? Hoy como ayer, el poeta suele vivir

«en pobre cuarto de último piso,»

y esperar allí á la *innominada*, á la Poesía que consuela y recompensa con el beso en la frente pálida del soñador.

La forma cambia, es indudable, y si Teodoro Llorente fuese hoy joven y empezase á rimar, no lo haría mejor, lo haría de otro modo; expresaría conceptos muy análogos con retórica y poética muy distintas. El suave y brillante clasicismo de los versos que estoy leyendo, ¿será decadentismo tal vez? No sé si esta hipótesis escandalizará á Llorente; no sé si me la perdonará. Ello es que el *momento* nos manda, nos dirige, nos guía sin que lo sintamos. Aun un poeta tan clásico por naturaleza como Gabriel y Galán, lleva la emoción moderna en su interior, y hasta es moderno *por regresión*, volviendo á Berceo y á Juan de la Encina.

Entre las poesías del tomo «Versos de la juventud» encuentro algunas especialmente sentidas y deliciosas. Las tituladas *Florescencia*, *El ramo de rosas*, *Mal sueño*, *La sirena*, *El idilio del zapatero*, *El dúo nupcial*, *La sima*, *Diálogo á media voz*, pueden contarse entre las mejores poesías de su autor y entre las excelentes y sinceras que en idioma español se han escrito. La retórica de cada poeta, insisto en ello, pertenece á la fecha en que versifica, á las corrientes que le arrastran: las composiciones que Teodoro Llorente ha reunido en este libro tienen que ser doblemente notables y dignas de un gran poeta, para agradar como agradan, habiendo pasado tanta agua por el molino. Si los poetas jóvenes de ahora se dejasen sus versos dormidos en un cajón y los exhumasen al cabo de cincuenta años, aparecerían en ellos, irremisiblemente, flores ya marchitas, imágenes que después se habrían repetido tanto que no halagarían por su novedad y frescura; en fin, material usado, si es lícito emplear esta palabra. Y los versos juveniles de Teodoro Llorente, acaso por la noble sencillez con que están escritos, porque la retórica no es en ellos sino vestidura que cubre el cuerpo vivo de la poesía, no han adquirido ese tono de rancia vetustez que se nota en los rimadores falsos, cantores de alegrías y querellas no vividas, de amores no padecidos, de entusiasmos artificiales y de desengaños inventados al efecto de rellenar un soneto ó una canción. Detrás de un poeta verdadero hay siempre *un alma*, y la de Teodoro Llorente es tan simpática y serena como son sus preciosos, conmovedores versos de la juventud.

EMILIA PARDO BAZÁN.